Imprimir

Para los socios de Estados Unidos, los europeos en primer lugar, Donald Trump es un elemento perturbador que, como el ariete utilizado para batir murallas, viene a embestir contra sus dogmas más sagrados. El choque es tan duro que los medios –y, en voz baja, la mayoría de los dirigentes– dudan de la salud mental del multimillonario que se ha instalado en la Casa Blanca. A modo de contribución a la celebración del sexagésimo aniversario de la firma del Tratado de Roma (25 de marzo de 1957) que dio origen a lo que es hoy la Unión Europea (UE), Trump mandó sepultar su fundamento más importante: el libre comercio. Este aviso de defunción oficial fue proclamado los días 17 y 18 de marzo, con ocasión de la cumbre de ministros de Economía del G20 que tuvo lugar en la estación termal alemana de Baden-Baden. Por instrucción del Presidente estadounidense, el secretario del Tesoro, Steven Mnuchin, mandó eliminar del comunicado final de la reunión el compromiso de "luchar contra todas las formas de proteccionismo". Este precepto era, no obstante, una fórmula ritual, siempre copiada y pegada de una cumbre a otra.

Poco importa que, en uno u otro momento de la historia reciente, la mayoría de los Estados signatarios se hayan tomado ciertas libertades con el libre comercio: este seguía siendo el pilar ideológico del orden económico mundial. Cuestionarlo significa debilitar la legitimidad de las instituciones de lo que podemos llamar la Internacional liberal: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), con la UE como víctima colateral.

Con Donald Trump, presenciamos así el regreso del Estado en la regulación de los intercambios internacionales. Una verdadera herejía para la mayoría de los actores económicos y políticos del planeta. ¿Cómo explicar este giro de 180 grados del nuevo Presidente estadounidense con relación a sus predecesores en materia de comercio? La respuesta se resumen en dos palabras que pronuncia constantemente: America First.

Donald Trump, contrariamente a los dirigentes europeos y a la Comisión, no se complica con referencias teóricas: no está ni a favor ni en contra del libre comercio o del proteccionismo.

Todo depende del momento y del contexto. En la coyuntura actual, particularmente marcada por el aumento de poder de China, considera que las medidas proteccionistas servirán mejor a los intereses de Estados Unidos, pero está dispuesto a cambiar el rumbo de la noche a la mañana en caso de necesidad.

Lejos de ser un outsider, Donald Trump se inscribe en una larga tradición estadounidense de pragmatismo muy bien descrita por Ulysses Grant, presidente de Estados Unidos de 1869 a 1877: “Durante siglos, Inglaterra se apoyó en la protección, la practicó hasta sus límites más extremos, y obtuvo resultados satisfactorios. Dos siglos después, encontró ventajoso adoptar el libre comercio, pues entiende que la protección no tiene más nada que ofrecerle. De acuerdo, señores, el conocimiento que tengo de nuestro país me lleva a pensar que, en menos de doscientos años, cuando Estados Unidos haya sacado de la protección todo lo que esta puede darle, también adoptará el libre mercado”.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos impuso directa o indirectamente el dogma del libre comercio a la parte del mundo que controlaba. Los tratados europeos son un producto puro de esta lógica. Pero los tiempos han cambiado y, para Washington, la línea oficial es, de ahora en adelante, el proteccionismo. Hasta el próximo cambio de rumbo, cuando las circunstancias lo exijan… Paralizada por esas certezas casi religiosas, la UE observa pasivamente este vaivén, así como las vacas miran pasar los trenes… (en Púbico.es)

Bernard Cassen: Le Monde Diplomatique

Anexo:

La anacrónica política industrial de Trump

Alejandro Nadal- La Jornada de México

Los ideólogos de la era neoliberal han insistido una y otra vez en que la política industrial es un lastre. Se le ha acusado de distorsionar los precios, de desperdiciar recursos fiscales y de ser la mejor receta para premiar a empresas y sectores perdedores en la competencia económica. Pero hoy regresa la política para el desarrollo industrial al centro del escenario con los desplantes de Trump sobre la recuperación de empleos en el sector manufacturero.

En realidad, la intervención del poder público para promover el desarrollo industrial nunca ha desaparecido. Ni siquiera en la era triunfante del neoliberalismo. Los subsidios, créditos y apoyos económicos de todo tipo para apuntalar la competitividad de alguna empresa en particular o de una rama industrial se han mantenido como una constante de la vida económica.

China siempre abrazó los instrumentos más variados de la política industrial. Desde el apoyo crediticio y los subsidios, hasta el poder de compra del Estado, pasando por la ingeniería en reversa para copiar tecnología extranjera, asimilarla y adaptarla a sus necesidades y las del mercado internacional. Por supuesto, uno de los pilares más importantes de esta política industrial fue la inversión en investigación científica y desarrollo tecnológico. A principios de este siglo China invertía 1.5 por ciento del PIB en investigación científica y desarrollo experimental (IDE), proporción bastante menor que la de los principales países industrializados. Hoy ese porcentaje ha aumentado a 2.5 por ciento, lo que sitúa a la economía china en un rango similar al de Estados Unidos. La diferencia es que Estados Unidos se ha embarcado en una política industrial anacrónica, segmentada y sin rumbo.

Recuperar los empleos viejos del sector manufacturero parece ser el objetivo primordial de la administración Trump. Pero dadas las tendencias de largo plazo en la estructura del sector manufacturero a escala mundial, es poco probable que los sectores que tienen en mente Trump y sus amigos puedan recobrar o generar los empleos perdidos. El mejor ejemplo es el de la industria del carbón y el acero. Para empezar, la mayor parte de la demanda de energía en Estados Unidos se satisface con otros energéticos. Y las dos industrias son muy intensivas en capital (requieren una inversión muy fuerte por cada empleo generado).

Así que Trump puede seguir diciendo que impidió que la Ford se llevara a México su planta de Kentucky, o puede presumir de haberle torcido el brazo a Carrier, el gigante de los equipos de refrigeración, para que no instale su planta con mil empleos en México. O puede seguir con su neoproteccionismo e imponer nuevos gravámenes sobre los productos importados desde México. Lo cierto es que esos desplantes no servirán para generar los empleos que Trump pronostica en el sector manufacturero y tampoco servirán para devolver a Estados Unidos un liderazgo industrial.

Pero hay otra vertiente de política industrial anidada en el presupuesto militar de Trump. Se recordará que el presupuesto de egresos recién enviado al Congreso contempla un incremento de 54 mil millones de dólares para gasto militar. Una buena parte de este monto se irá a las industrias que ya producen equipo militar de todo tipo, desde aviones no pilotados y misiles crucero de alta velocidad hasta submarinos invisibles y la renovación de las cabezas nucleares en el arsenal estratégico. Muchos analistas piensan que de esa inversión pueden desprenderse beneficios inesperados en términos de innovaciones tecnológicas aplicables a la industria civil.

Pero no es la primera vez que el incremento en el gasto militar contribuye a desmantelar las

bases de la competitividad industrial en Estados Unidos. Entre 1960 y 1986, Estados Unidos vio reducir su participación en la producción mundial de 25 a 10 por ciento. La razón es que mientras Japón y Alemania innovaban en la introducción de máquinas herramienta de control numérico para uso genérico en la industria civil, Estados Unidos se dedicaba a diseñar sistemas automatizados para las máquinas herramienta que usaba la fuerza aérea en la producción de sus equipos y refacciones. El resultado fue el debilitamiento de la industria de máquinas herramienta de Estados Unidos y su pérdida de competitividad. Este no es el único ejemplo del impacto negativo que ha tenido el gasto militar sobre la industria en Estados Unidos, pero es un poderoso llamado de atención para dejar de creer en los ilusos comentaristas allegados al complejo militar-industrial en Estados Unidos.

Los objetivos de la “política industrial” de Trump nunca serán alcanzados. Y mientras Estados Unidos sigue dominado por las necesidades del sector financiero y pierde tiempo siguiendo los enfermizos tuits del señor Trump, China continúa abriendo nuevos derroteros para la industrialización en los estratégicos ramos de robótica, manufactura inteligente y nuevos materiales para energías renovables. Está bastante claro quién será el líder en manufacturas en el próximo decenio.